

Una sinfonía y un poema.



Hay obras en la esfera del arte, del pensamiento y de la ciencia que, por sí mismas, nos ofrecen un conocimiento del mundo, o de nuestro propio ser, que pueden prescindir del saber sobre las vicisitudes existenciales de quien las creó. Sin embargo, también hay obras cuyos enigmas son tan poderosos que nos obligan a mirar desde la imprecisa ventana del tiempo, el mundo de la persona que las creó. Es entonces que nos lanzamos a la búsqueda de ese mundo, el cual comprende, básicamente, su contexto histórico, sus relaciones familiares, sus amores, sus éxitos y sus fracasos. Así, llevados por ese deseo de saber, pensamos

AUTOR

Francisco Mancera
Miembro Adscrito CPM-CDMX
Fecha de recepción: 07/12/2020
Contacto: mancera_33@yahoo.com.mx

encontrar en el entramado de experiencias de su creador, la clave, la llave maestra que nos muestre los tesoros aún ocultos de su fascinante obra. Pero pronto nos percatamos de que nuestra búsqueda tiene límites rotundos, pues si bien la comprensión del espíritu del tiempo es relevante para nuestra tarea, la esfera de vida esencial es, sencillamente, inexpugnable: el mundo interior de quien se dedica a la creación.

Existe, no obstante, un pasadizo subterráneo que nos puede dar acceso al enigma que nos cautiva; solamente que esta posibilidad requiere, primero, prescindir del discurso nominativo y, segundo y lo más importante, suspender la búsqueda; solo entonces podemos ser conducidos por la obra a una aventura análoga a la de su autor: entrar al laberinto de nuestro mundo interior, el corazón de las tinieblas, que también es, paradójicamente, el corazón de la belleza.

Tal fue la ruta poética que siguió Adriana Ulloa al escuchar la sinfonía n° 2, *Resurrección*, de Gustav Mahler, durante los trabajos profanos del seminario sobre la Viena de Freud. 

